

Satisface este historiador (egresado de las aulas de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes) a ambos lectores, porque en él trata sobre el tema de la influencia de Montesquieu en El Libertador; pero previamente se ocupa de mostrar cuál es el pensamiento del Conde Charles-Louis de Secondat (Montesquieu), lo cual logra a través del análisis sucinto y preciso de tres de sus obras: Cartas Persas (pp. 13–27), Consideraciones sobre las Causas de la Grandeza y Decadencia de los Romanos (pp. 29–38) y El Espíritu de las Leyes (pp. 39–58), las cuales aparecieron por vez primera, respectivamente en 1721, 1734 y 1748.

Y ya afrontando el tema (pp. 59–76), lo hace verificando y examinando cómo el propio Bolívar, sus contemporáneos en sus testimonios sobre El Libertador y las menciones que él hace de autores y obras en sus escritos, corroboran su conocimiento del pensamiento de Montesquieu, cuya influencia, manejo y adaptación a sus propias ideas, Méndez Salcedo dilucida en siete aspectos:

- 1) Identificación de tres sistemas de gobierno (república, monarquía y tiranía) que ambos reconocen como síntesis global de las formas en las que se ha manifestado el poder históricamente.
- 2) Preferencia por el sistema republicano de gobierno, inclinación cara a uno y otro.
- 3) Búsqueda de la libertad y la igualdad como condiciones inobviables para lograr el funcionamiento del sistema de gobierno republicano.
- 4) Función de la educación en una república, en tanto medio a través del cual se dota y conservan los republicanos de lo que necesitan para sostenerla.
- 5) Admiración por el modelo inglés de gobierno (combinación de los sistemas monárquico y republicano) que, en El Libertador, es más que una mera admiración; puesto que llegó a proponer su adopción como modelo de gobierno para las nuevas repúblicas latinoamericanas.
- 6) Distribución de los poderes públicos (ejecutivo, legislativo y judicial) para que no se entorpecieran entre sí.
- 7) Papel adaptable de las leyes a las características propias de cada nación, como forma de lograr la existencia y sostén del sistema republicano de gobierno.

Pese a estas afinidades manifestadas en el manejo de ideas y concepciones que en el Bolívar estadista pueden establecerse, Méndez Salcedo hace la salvedad de que no deben verse unidireccionalmente, en el sentido de que la perspectiva de Montesquieu no es la única que podría señalarse; sino que por la formación polifacética de El Libertador, adquirida en lecturas, viajes, conversaciones, observaciones y meditaciones propias a lo largo de años, ella (la de Montesquieu) sería apenas una de las influencias detectables, en las cuales, en todo momento, debe considerarse la propia personalidad e ideas de Bolívar.

En cualquier caso, subraya el historiador, si puede ser demostrada la dedicación que El Libertador destinó al estudio de El Espíritu de las Leyes y señalarla como base para indicar influencias de Montesquieu sobre él, debe considerarse que lo fue, no sólo sobre Bolívar; sino también sobre muchos hombres de su tiempo, tanto en América

como en Europa, porque esa obra y las ideas de su autor están sostenidas sobre sólidos elementos de análisis y profundas argumentaciones expuestas con sistematicidad y fuertes bases de razonamiento lógico, cuya vigencia sigue haciendo de Montesquieu un objeto de estudio constantemente renovado en nuestros días.

Por último, debemos señalar que nos admira e impresiona el claro, consistente y sostenido estilo expositivo que muestra Méndez Salcedo en este libro; por lo que le auguramos un pronto lugar destacado en la historiografía venezolana.

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo.

Silvio Villegas.

La Política Exterior de Juan Vicente Gómez (Las relaciones venezolano-francesas, 1908–1935), Caracas, Presidencia de la República / Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes, segunda edición, 1995, 444 pp. (Incluye el Prólogo de la primera edición, por Luis Cipriano Rodríguez y el que Héctor Mujica le hizo a ésta).

Esta obra integra el escaso grupo que elogia Manuel Caballero porque, habiendo sido elaborada en el extranjero, Francia en este caso, no constituye un exclusivo aporte de información y análisis para los centros de investigación y estudios en cuyo marco académico se realizó, el Institut d'Hautes Etudes de L'Amérique Latine (IHEAL) de la Universidad de París III (Nouvelle Sorbonne); sino que sirvió para lograr importantes datos de las fuentes foráneas, desconocidas en Venezuela, para profundizar en el conocimiento histórico venezolano y latinoamericano. En efecto, el autor para desarrollar su Tesis Doctoral (cuya versión al castellano compone el cuerpo de este libro), bajo la dirección del reconocido historiador Frédéric Mauro, consultó las fuentes que reposan en los Archives Nationales de París y los Archives de la Guerre del Ministère de la Guerre, así como también fuentes bibliográficas y hemerográficas correspondientes a las fechas del proceso estudiado.

El libro está estructurado en tres partes, en la primera (pp. 35–149) reconstruye el autor el proceso histórico venezolano, en el contexto de las transformaciones que a nivel internacional se producen como efecto del despliegue del capitalismo industrial y la irrupción de su fase imperialista-monopolista, a partir de 1830. Tales transformaciones que repercuten en Venezuela, la cual de esa forma se inserta en ese contexto internacional y se hace objeto de interés diplomático para las potencias que pugnan por el control de mercados y rutas comerciales, desembocan en la crisis de 1902–1903 con el bloqueo al que es sometido el país por parte de Inglaterra, Alemania e Italia, también conduce a la intervención de Estados Unidos, como mediadora entre la Venezuela deudora y las potencias acreedoras.

La segunda (pp. 151–276) revisa la gestación, desarrollo y consecuencias del Bloqueo, que lleva a cambios profundos en el acontecer venezolano, en los cuales la acción de

Juan Vicente Gómez contra Cipriano Castro es su manifestación política. La actitud de “armonía internacional” o de “puerta abierta” al capitalismo internacional es su expresión económica más resaltante. Y el carácter dominante de la renta petrolera es la fisura por la que se dan la modernización institucional–legislativa y las modificaciones sociales, mientras que el “cambio de timón”, la entrada de capitales extranjeros y la política petrolera orientaron la actividad diplomática desde y hacia Venezuela, a la cual el Primer Conflicto Interimperialista le asignó un valor especial por la “neutralidad progermánica” del gomecismo, que fue denunciado por Francia ante Estados Unidos.

Y la tercera parte (pp. 277–423) evalúa la particularidad que tuvieron las relaciones diplomáticas y económicas venezolano–francesas en el contexto de la primera postguerra mundial y la crisis del sistema capitalista de 1929–1930; adicionado este contexto con los procesos internos que acontecieron en ambos países (proyecto militar–armamentista de Francia, los fracasados proyectos petroleros de los franceses en Venezuela, la creación del ejército nacional venezolano, la insurgencia estudiantil y el episodio del “Falke” en nuestro país y la decadencia física y política del poder gomecista; por ejemplo).

Además del valor que este libro posee como aporte que los historiadores que lo consulten pueden establecer, tiene otro, adicional o complementario, que es el de contribuir a la comprensión de nuestro presente. Esto último, a nuestro parecer, se testimonia en las consideraciones que el autor hace con respecto a la clase criolla, de la que se deriva la clase dominante venezolana del siglo XIX (y de las primeras décadas del siglo XX, también) caudillista, en cuanto a que ella constituye una “clase social abortada” que no produjo, sino que acumuló riquezas, con lo cual no logró adquirir consciencia de sí, para dar origen a una “burguesía” y tuvo que convertirse en oligarquía (pp. 87–88). Ello, repetimos que a nuestro parecer, ilustra los intentos de comprender el “fracaso de las élites” en estos tiempos en los que agoniza el siglo XX, también dominado por la deuda externa y los llamados desesperados para la entrada de capitales foráneos, en los que las “clases dominantes” (a todos los niveles), aunque lleguen a llamarlas “burguesas”, siguen manteniendo ese carácter de “clase social abortada” que carece de auténtica “consciencia de sí”, acumuladora de riquezas que no ha producido y que se ajusta más, por tanto, a la categoría de “oligarquía”...

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo.

Carlos González Batista.

Archivo Histórico de Coro: **Documentos para la Historia de las Antillas Neerlandesas (Fondo Registro Principal I)**, Coro, Universidad Nacional Experimental “Francisco de Miranda”: Centro de Investigaciones Históricas “Pedro Manuel Arcaya”–Decanato de Investigaciones–Dirección de Cultura, 1997; 328 pp.

Si nos fuese permitido re–escribir el mito griego de Heracles, en relación a los episodios de los doce trabajos que hubo de asumir, por recomendación del Oráculo de Delfos y

para purificarse, luego del matri–filicidio masivo cometido, bajo la dirección de Euristeo; nos aventuraríamos a decir que el semi–Dios que superó las duras pruebas que fueron: despojar de su piel al león de Nemea, decapitar en sus nueve cabezas a la hidra de Lerna, cazar el jabalí del Erimanto, flechar a las carnívoras aves del lago de Estínfalo, alcanzar después de un año de persecución a la cierva del monte Cerineo, desviar las aguas del Alfeo y el Peneo para limpiar los establos de Augias, capturar y cargar sobre sus hombros al toro de Creta, derrotar a las yeguas que comían carne humana para después darles a su dueño Diomedes como alimento, apoderarse del cinturón (ya que no del amor, por culpa de la diosa Hera) de Hipólita, la reina de las amazonas; adueñarse de los furiosos bueyes de Gerión, robar las manzanas de oro del jardín de las hijas de Atlante y Hésperis, las Hespérides e ir, ver, vencer a Cerbero y regresar del mundo infernal; sin embargo, no pudo liberarse de su servidumbre con Euristeo cuando éste le impuso un último trabajo, el décimo tercero: rescatar, preservar, ordenar, clasificar, divulgar, colocar en un espacio adecuado y dotarlo con el presupuesto, las condiciones y el personal adecuados y suficiente un archivo venezolano... Entonces Heracles se rindió a esperar que sus otros ochenta hijos crecieran, y con muchísimos más poderes que los suyos, pudiesen, algún día, realizar ese último e imposible trabajo... Así culminaríamos el relato de Heracles, si pudiésemos adaptarlo a un monte Olimpo vecino al Pico Bolívar...

Todo lo anterior porque, efectivamente, leer el Prólogo (pp. 7–31) y contemplar las fotografías en él insertas, con el que Carlos González Batista inicia este índice de documentos que reposan en el Archivo Histórico de Coro, es reencontrarnos con la tragedia que, cual Sísifo, carga el país desde sus inicios republicanos mismos, sin poder nunca poner fin a la lucha por preservar su memoria escrita... y de la cual somos partícipes y testigos. De hecho, la narración que hace González Batista de las peripecias (que aún no cesan) para arribar al centro de acopio documental que constituye el Archivo Histórico de Coro, no es nada de lo que desde siempre no hayamos oído y sobre lo que, acá en Mérida, Milagros Contreras Dávila podría escribir varios libros. Por eso, si bien no nos sorprendemos, tampoco podemos dejar de admirarnos con respecto a lo logrado en la capital del Estado Falcón, con el apoyo directo y activo de la Universidad “Francisco de Miranda”; pese a todos los obstáculos que tuvieron (y tienen) que enfrentar.

Y precisamente resultado de ese logro que es el Archivo Histórico de Coro, es este libro, primero de otros que están en proyecto de realización o esperando la luz editorial que los pondrán en las manos de los investigadores. Varias materias marcan los contenidos de las fuentes manuscritas e impresas que se encuentran bajo la custodia de ese Archivo coriano y Carlos González Batista los resume en ese tomo inaugural de la colección orientada a la difusión de los documentos que podrán ilustrar para el conocimiento de la historia de las Antillas holandesas y –por supuesto– de la Provincia de Coro y sus vecinos.

Allí, nos revela González Batista, abundan los documentos sobre compra–venta de esclavos, sobre las diversas migraciones que constantemente fluían en esa zona insular–